

La sociología poscolonial. Estado del arte y perspectivas¹

*Sérgio Costa
Manuela Boatcă*

Giros y regiros. Sobre la utilidad de los cambios de paradigma

TANTO EN SU propia concepción en cuanto campo académico como en su demarcación respecto de otras ciencias sociales, la sociología está inseparablemente vinculada a su objeto de investigación: la modernidad. Las disciplinas en las cuales el mundo occidental servía tanto de sujeto parlante como de objeto de estudio fueron resultado de la división intelectual del trabajo que surgió en la Europa occidental hacia fines del siglo XIX. A cada una de las supuestamente autónomas esferas de actividad humana consideradas características del mundo moderno —el mercado, el Estado y la sociedad (civil)— se le asignó un campo académico, lo que arrojó la creación de las ciencias económicas, la ciencia política y la sociología (véase Wallerstein, 1999: 2). En cambio, la antropología y los estudios orientales eran las que tenían la consigna de explicar por qué el resto —básicamente, la periferia no europea— no era o no podía ser moderno.

Esta distribución geopolítica de las tareas académicas en función de su pertinencia para la modernidad occidental ha sido válida durante toda la existencia institucional de la sociología. Este acuerdo (ahora tácito) de la división académica del trabajo sigue allanando el camino para la investigación actual. Mientras la antropología comenzó su existencia institucional ocupándose del mundo no europeo —como ejemplo de lo “premoderno”— y en consecuencia

¹ Este artículo representa una versión corregida y ampliada de un texto publicado originalmente en alemán (Boatcă y Costa, 2010). Agradecemos a los dictaminadores anónimos de *Estudios Sociológicos* sus importantes sugerencias y comentarios críticos, los cuales han sido incorporados, en la medida de lo posible, a la presente versión.

incorporó tanto las relaciones coloniales como los desarrollos poscoloniales relativamente pronto a su campo de investigación,² una sociología de espectro global que vaya más allá del marco analítico de los Estados-nación modernos del mundo occidental(izado), todavía se ve en la necesidad de legitimarse. Dado que los países colonizados o totalitarios no se hallan en la vía hacia la modernidad, durante mucho tiempo se les negó la condición de objetos válidos para el análisis sociológico; a su vez, tras conquistar su independencia, se les permitió convertirse en receptores de teorías sociales europeas y norteamericanas, pero no en lugares productores de tales teorías. Por ello, la globalización de la sociología en cuanto disciplina se considera a menudo como (o se le reduce a) la implementación exitosa del modelo occidental en contextos nacionales receptores:

Levantando el vuelo desde sus bastiones en Alemania, Francia y Estados Unidos, la sociología clásica se diseminó por todo el mundo, en todos los lugares en que cobró prominencia la idea de sociedad como la creación de un estado-nación. (...) Al mismo tiempo, porque se halla atada al estado-nación y a la existencia de una sociedad civil que tiene autonomía dentro del marco del estado-nación, la sociología estuvo ausente en los países colonizados así como en aquellos donde los líderes tradicionales seguían en el poder. (Touraine, 2007: 185 y s.)

Pese a los distintos énfasis en las diferentes culturas nacionales de la academia y pese a sucesivos cambios epistemológicos y metodológicos de paradigma, como el giro cultural o el espacial, poco ha cambiado en términos de este estrechamiento analítico (auto-impuesto) de la mirada sociológica. Con estos antecedentes, hablar de una sociología poscolonial parece más bien una especie de contradicción en los términos.

Defender un giro poscolonial como una tendencia más sería, en nuestra opinión, igualmente equivocado. Más que un cambio de paradigma, nos interesa rastrear los orígenes del giro colonial que precedió a la institucionalización de la sociología y que hasta ahora ha impedido la emergencia de una sociología global de los contextos coloniales, neocoloniales y poscoloniales. Por medio de ejemplos tomados de cada uno de los tres niveles de análisis sociológico —el macro-, el meso- y el micro-estructural—, en lo que sigue

²No quiere decir esto que la antropología haya abordado aceptable o críticamente las relaciones coloniales de poder siempre, sino que el tratamiento (por más defectuoso) de los contextos coloniales fue parte íntegra de su auto-definición como disciplina académica —lo cual no es el caso de la sociología—. Acerca de la complicidad de la antropología con las políticas colonialistas y el arraigo de la perspectiva antropológica en las prácticas coloniales, véanse Asad (1973) y Fabian (1983).

nos proponemos señalar las correcciones necesarias que una sociología sensible a la poscolonialidad puede realizar en los diagnósticos de la teoría social actual.

Esto implica de entrada la tesis de que la sociología poscolonial en sí misma no representa una aproximación que internamente se contradiga, sino que se trata de una aproximación que se ha retrasado demasiado y necesita una sistematización programática. Antes de atender el segundo aspecto, es necesario realizar una elucidación terminológica. Por una parte, ¿qué es lo que hace que las teorías poscoloniales sean particularmente apropiadas para nutrir el conocimiento sociológico? Por otra, ¿qué es lo que hace útil al poscolonialismo en cuanto perspectiva explícitamente sociológica?

¿Por qué sociología poscolonial?

El giro posmoderno así como el posestructural colocaron la contingencia del conocimiento cultural e histórico, la construcción discursiva y el fin de las metanarrativas sociales y modernas, en el centro del escenario de los debates de las ciencias sociales ya desde los años setenta y principios de los ochenta. Las teorías poscoloniales, cuya crítica de la afirmación de la modernidad europea de su universalidad en parte son elaboraciones a partir de dichos debates, y cuya auto-denominación necesariamente proviene de los “pos-” anteriores, estuvieron desde el principio bajo la sospecha de vender el mismo producto con una etiqueta un poco distinta. La tensión entre la necesidad de la etiqueta “poscolonial”, por una parte, y su ambigüedad política por la otra, consecuentemente se convirtió en materia de prolongados debates entre los propios representantes del poscolonialismo (véase Shohat, 1992; Dirlik, 1994; Hall, 2002). Al contrario del supuesto de que sólo explica la ubicación temporal de las sociedades dentro de la historia colonial, el término “poscolonial” también se refiere a la reconfiguración de las relaciones económicas, sociales y políticas que el colonialismo ha detonado en las antiguas colonias y metrópolis, así como a la tensión entre el poder y la producción del conocimiento en el contexto de relaciones imperiales (Gutiérrez-Rodríguez, 1999; Coronil, 2004; Costa, 2005).

De esta manera, queda claro que el poscolonialismo en cuanto concepto y perspectiva, a pesar de importantes diferencias internas, subraya el contexto histórico del poder (colonial) considerablemente más que el posestructuralismo y el posmodernismo y de esta postura deriva un programa político que difiere por mucho de los del posmodernismo y el posestructuralismo. Mientras que, para el posmodernismo, el fin de las metanarrativas de la moderni-

dad occidental logrado mediante la *desconstrucción* dio como resultado una yuxtaposición de esferas autónomas (Lyotard, 1986), para el poscolonialismo, el revelar la conexión entre las relaciones globales de poder establecidas en el contexto de la expansión colonial europea y las relaciones inequitativas históricas y actuales en los niveles local, nacional e internacional se logrará mediante la *descolonización*. La demarcación con respecto a las estrategias posmodernas se vuelve así un paso explícito desde la formulación misma de las estrategias poscoloniales más prominentes. Para Dipesh Chakrabarty (2000: 43), “el proyecto de provincializar a Europa (...) no puede ser un proyecto de relativismo cultural. No se puede originar de la postura según la cual la razón, la ciencia, los universales que contribuyen a definir a Europa como lo moderno sencillamente son algo ‘específico de la cultura’ y por tanto sólo pertenecen a las culturas europeas”. El relativismo cultural que, dentro de la exaltación posmoderna de la diferencia sexual, cultural, racial, étnica y religiosa, equivale a una “política de la imagen”, es por ello confrontado cada vez más en el contexto de las aproximaciones poscoloniales por una “política de la acción” intercultural o una “política de la desesperación” (Klein, 2000: 124; Chakrabarty, 2000: 45), cuyo objetivo es revelar la historia imperial y colonial de represión y violencia detrás del establecimiento de la división Norte-Sur. En consecuencia, las diferentes estrategias traen consigo claras implicaciones políticas, como se refleja en la política posmoderna del multiculturalismo, por un lado, y la promesa poscolonial de la interculturalidad, por el otro. Mientras la promoción del multiculturalismo al nivel de la política y el discurso de Estado se apoya en el principio del reconocimiento y la tolerancia de los Otros raciales, étnicos, religiosos o sexuales, la interculturalidad —en especial cuando la definen e implementan los movimientos indígenas en América Latina— involucra un cuestionamiento de la realidad sociopolítica del (neo)colonialismo que se refleja en los modelos actuales del Estado, la democracia y la nación, y una transformación de estas estructuras de manera que se garantice la plena participación de todos los grupos de población en el ejercicio del poder político (Walsh, 2002). Pese a que con frecuencia los términos se usan como sinónimos, representan agendas políticas muy divergentes: el multiculturalismo, equivalente a la política de identidad ya mencionada de los llamados “particularismos de las minorías” que buscan la inclusión en el sistema dominante, pretende desconstruir las jerarquías culturales actuales a cambio de una yuxtaposición de los modelos culturales; en contraste, la interculturalidad se concibe como un proyecto ético, político y epistémico con el objetivo de descolonizar las formas de organización social e institucional y las estructuras de gobierno, así como las perspectivas de conocimiento que se originan en el contexto sociohistórico de la modernidad

europea y que fueron impuestas como universales durante los periodos coloniales y neocoloniales.

Esto queda más claro todavía en la sustitución de la noción posmoderna no matizada de diferencia por el concepto poscolonial de “diferencia colonial” (Chatterjee, 1993; Mignolo, 1995), que se usa tanto en los Estudios Subalternos de la India como en el pensamiento descolonial latinoamericano,³ para explicar la reorganización de los criterios de diferenciación que dio lugar a la estructura racial y étnica de las colonias europeas. Las jerarquías socioeconómicas y epistémicas de las que emergieron las diferencias subalternas en los territorios colonizados se contextualizan históricamente de esta manera, con antelación a la consideración de las posibilidades de su transformación.

¿Por qué sociología poscolonial?

Parte de la contextualización necesaria del proceso de jerarquización implica conectar la sociología institucionalizada a su ubicación en el mundo occidental y sus comienzos en el apogeo del imperialismo occidental (Seidman, 2004: 261; Bhambra, 2007a). Aunque el establecimiento de la sociología como una disciplina en el Reino Unido, Alemania, Francia e Italia se desarrolló a la par de su competencia en pos de los territorios africanos y la creación de sus imperios coloniales en Asia y África, las categorías, conceptos básicos y los modelos explicativos clave de la sociología sólo reflejaban los desarrollos y las experiencias internas de la Europa occidental. Se consideró que los momentos cúspide de la modernidad occidental, de los cuales la aproximación sociológica debía presentar una explicación, eran la Revolución francesa y la revolución industrial originada en Inglaterra, pero no la política colonial de la Europa occidental ni la acumulación de capital mediante el comercio de esclavos a través del Atlántico y la economía de explotación de los recursos naturales de ultramar.

³ El abordaje descolonial, surgido en América Latina, difiere de la crítica formulada por el campo (eminentemente de lengua inglesa) de la teoría poscolonial, porque se considera que éste ha privilegiado al colonialismo británico en la India en detrimento de otras experiencias coloniales del mundo. Por ello, los estudios descoloniales se enfocan en los múltiples contextos coloniales y poscoloniales en un afán de hacer entrar en vigor “una diversidad epistémica de las intervenciones descoloniales en el mundo” (Grosfoguel, 2006: 142). Mientras la distinción entre lo poscolonial y lo descolonial es importante, y las discusiones acerca de “descolonializar los estudios poscoloniales” aún están en curso, lo que consideramos de particular relevancia para la sociología es el denominador común de ambas aproximaciones, es decir, el estudio de las relaciones coloniales de poder y sus consecuencias para la época presente.

La supresión de la dinámica colonial e imperial de la caja de herramientas de la sociología clásica es válida para las respectivas sociologías nacionales, sin que importe prácticamente el grado de éxito de sus Estados en cuanto potencias coloniales (Bhambra, 2007b: 872). El panorama es ligeramente distinto en lo que toca al periodo tras la descolonización de Asia y África en la segunda mitad del siglo XX. A diferencia del contexto inglés, en el que la historia del dominio colonial tiene un papel prominente, en el debate alemán, el menos extenso pasado colonial así como los desarrollos durante el periodo poscolonial se tratan en el mejor de los casos como cantidades insignificantes (Castro Varela y Dhawan, 2005). Dentro de la sociología alemana, las perspectivas poscoloniales tienen así la fama de ser productos importados de tercer grado: el primero, por provenir de los estudios culturales o literarios; el segundo, por provenir de la región anglófona; y el tercero, por provenir de un contexto diferente, es decir, “genuinamente” poscolonial. En cuanto tales, se les asigna una importancia sociológica limitada dentro de los debates teóricos en Alemania, pero no un contenido sociológico independiente (Gutiérrez-Rodríguez, 1999: 21).

Y aun así, las teorías poscoloniales apuntan sin vacilar al corazón de la terminología central de la sociología. Al criticar las oposiciones binarias como las de Occidente-el resto del mundo [*West-Rest*], Primer-Tercer mundo o modernidad vs. tradición por considerarlas esencialistas, y en cambio al llamar la atención sobre la relacionalidad entre los conceptos involucrados, revelan que los que tienen una connotación positiva —Occidente, el Primer mundo, la modernidad— son universales prescriptivos y ahistóricos (Trouillot, 2002: 848), a los que ninguna realidad social independiente y objetiva corresponde, y que por ello guardan en su seno estrategias de exclusión. A su vez, la contextualización histórica como un método poscolonial permite que la tradición se considere

no como un hecho objetivo, como sin mucho empacho las teorías sociales modernas lo suponen, sino como un conjunto de proyecciones desde la perspectiva de las teorías de la modernidad hacia cualquier cosa de la cual uno se delimita. Al mismo tiempo, la tradición es una parte necesaria del discurso de la modernidad, sin la cual la modernidad no puede existir o ser ubicada en un lugar. Construye de la nada el campo en el cual la modernidad penetra y al que trata de subyugar. Poner fin a (...) la idea de tradición sería el fin del discurso de la modernidad. (Randeria, Fuchs y Linkenbach, 2004: 18; traducción nuestra)

Macrosociología poscolonial

El debate acerca de la globalización de la sociología de los años noventa y la discusión subsecuente sobre las modernidades múltiples puso en cuestión seriamente la fijación en el nacionalcentrismo y el occidentalcentrismo de las aproximaciones macrosociológicas convencionales. El mundo globalizado expulsó al Estado-nación en cuanto marco analítico, y de repente la modernidad occidental sólo era una de muchas modernidades —aunque conservaba (implícita o explícitamente) el prestigio de ser el punto histórico de partida, o por lo menos la referencia clave para las variantes no occidentales subsecuentes—: la india, la musulmana o la latinoamericana. No obstante, la afirmación de la nueva macrosociología según la cual con esto alcanzaba un espectro global, dejaba sin abordar la mirada colonial inherente en las grandes teorías vigentes.

El denominador común —así como el meollo del asunto en disputa— de las teorías de la globalización y modernidades múltiples era el tema de la convergencia de los patrones societales. Los teóricos de la globalización consideraron que la emergencia de una sociedad civil global, de una cultura mundial y de tecnologías de la comunicación globales, era una señal de la reafirmación mundial de los modelos de desarrollo occidentales (Robinson, 2001; Giddens, 2002), y por ello daban su acuerdo en lo general a la tesis de la convergencia. Los académicos dedicados al estudio de la modernidad múltiple, a su vez, ponían el acento en la diversidad de patrones institucionales, identidades colectivas y proyectos sociopolíticos creados por todo el mundo como resultado de la confrontación entre el programa cultural de la modernidad occidental europea y las realidades sociales en los territorios controlados militar y/o económicamente por las potencias europeas (Eisenstadt, 2000), y por tanto subrayaban la divergencia. Al mismo tiempo, ambos diagnósticos, así como las perspectivas que los sustentaban, tomaban como punto de referencia el patrón occidental de modernidad (Spohn, 2006). Como ha demostrado Raewyn Connell (2007: 60), por medio del ejemplo de conceptos centrales como “posmodernidad global” y “sociedad mundial del riesgo”, la mayor parte de teorías de la globalización no dejan ver un nuevo programa de investigación a la medida del análisis de la sociedad mundial, sino estrategias teóricas que aceptablemente podrían ser descritas como apoyándose en el “efecto elevador” de las explicaciones macrosociológicas: tendencias que se observaron en un principio y se conceptualizaron en el contexto de las sociedades metropolitanas se pasan a un nivel superior y se usan para describir procesos globales. Esto convierte a la globalización en un proceso mediante el cual los riesgos, la acumulación de capital o la hibridización se tornan literalmente globales ante la patente ausencia de algún centro de poder o

principio de dominación reconocible (Escobar, 2007: 181 y ss.; Costa, 2006: cap. 4).

Semejante postura implícitamente transmite el deseo de muchos macrosociólogos surgido en 1989 —a raíz de la deslegitimación del marxismo en cuanto alternativa política y teórica— de guardar sus distancias respecto de la economía política como un abordaje científico-social, y por ende demarcarse de las teorías del imperialismo, neocolonialismo y el sistema mundial (Boatcă, 2007). Es revelador para esta tendencia, que la perspectiva de las modernidades múltiples haya abordado el análisis de la divergencia empleando una aproximación neoweberiana que enfatizaba la diversidad de programas culturales asociados a la expansión de la modernidad occidental en el continente americano, pero no las dependencias estructurales y los procesos de jerarquización que venían aparejados a la colonización. Al reducir la diversidad de aproximaciones a la modernidad al nivel cultural, y al atribuir un papel pionero al modelo occidental europeo en la generación de esta diversidad —es decir, “al no permitir que la diferencia marcara una diferencia en las categorías originales de la modernidad” (Bhambra, 2007b: 878)— los autores partidarios de la modernidad múltiple paradójicamente apuntalaron el concepto mismo que criticaban: el de la modernidad occidental autosuficiente, que defendía la teoría de la modernización. En palabras de Shmuel Eisenstadt (2000: 24): “Mientras el punto común de partida fue alguna vez el programa cultural de la modernidad según se desarrolló en Occidente, los desarrollos más recientes han presenciado una multiplicidad de formaciones culturales y sociales que rebasan por mucho los aspectos homogeneizadores de la versión original”.

Hasta la fecha, no hay una macrosociología poscolonial unificada que haga las veces de contrapeso a las perspectivas de la globalización y de las modernidades múltiples. No obstante, cada vez más aproximaciones —de las cuales sólo algunas se autodenominan poscoloniales— le dan una importancia central a la experiencia histórica del colonialismo para la explicación de procesos globales. Por un lado, las teorías neo marxistas de la globalización han señalado las continuidades entre el imperativo liberal del desarrollo como determinante de las políticas económicas de los países que dejaron de ser colonias después de la Segunda Guerra Mundial y el postulado neoliberal de la globalización de los años noventa, haciendo énfasis en las asimetrías neocoloniales de poder que ambas cosas ayudaron a reproducir. Al identificar tanto el desarrollismo como la globalización como proyectos o estrategias discursivas, al mismo tiempo han mostrado cómo su naturalización (“no hay alternativa”) oscurece el papel que tiene el colonialismo en la construcción de los modelos que había que seguir en cada caso (McMichael,

2004; Wallerstein, 2005). Por el otro, los modelos teóricos ubicados en la intersección de la antropología, la historia y la sociología, los cuales rastrean la emergencia de “modernidades entrelazadas” e “historias conectadas” (Randeria, 1999; Subrahmanyam, 1997) hasta el vínculo constitutivo entre los patrones occidentales europeos de la modernidad y los procesos de modernización (pos)coloniales, han atraído una atención cada vez mayor de parte de la sociología (Costa, 2009; Bhambra, 2007a). En ello, la tradición no se concibe como una oposición rígida a la modernidad, sino como una parte integrante de una historia colonial entrelazada, la cual dio como resultado un desequilibrio estructural entre los “centros” y las “periferias” que implicaba una distribución desigual de la definición del poder entre Occidente y el “resto” con respecto al propio grado de modernidad de uno (Therborn, 2003; Knöbl, 2007). También en este caso, no hay una modernidad universal o primigenia que haga las veces de guía referencial para los que vienen después, sino varios senderos que llevan a modernidades entrelazadas.

La “perspectiva descolonial” latinoamericana, a su vez, plantea la cuestión del entrelazamiento mediante el concepto de “colonialidad” para analizar la emergencia de la “tradición” en el contexto de la construcción de diferencia con respecto a la presunta modernidad de las potencias coloniales de la Europa occidental en aquellas áreas periféricas bajo dominio colonial. Por tanto, la colonialidad se entiende como una relación de poder entre los centros (coloniales) y las periferias (colonizadas), que se prolongó más allá del colonialismo administrativo y político, cuya lógica sigue influyendo en lo económico, lo social, lo cultural y lo ideológico. Como tal, representa tanto el reverso (o lado oscuro) como una condición necesaria de la modernidad occidental desde el “descubrimiento” del Nuevo Mundo. Con ayuda de oposiciones binarias como las de civilización-barbarie, racional-irracional, desarrollado-subdesarrollado o moderno-tradicional, la identidad moderna podría quedar, por un lado, encasillada y demarcada fuera de la alteridad colonial y, por el otro, la intervención política, la explotación económica y el paternalismo epistemológico hacia las colonias quedarían legitimados como un medio para llevar los *bienes* de la modernidad a la periferia (Quijano, 2000; Dussel, 2002; Grosfoguel, 2002). El imaginario social del mundo moderno se configuró, por ende, alrededor de un sistema de clasificación global que elevó la civilización europea occidental a la condición de patrón universal mediante el cual las asimetrías de poder económico y político entre centros y periferias se reflejaban en lo cultural y lo epistemológico (Mignolo, 2000: 13).

La retórica occidentalista correspondiente pasó por varias fases en las cuales la construcción de la diferencia colonial con respecto al ser europeo occidental se organizó alternativamente alrededor de los conceptos de raza, etni-

cidad, o ambos. A su vez, la jerarquización procedió siguiendo una dimensión espacial (los cristianos del norte *vs.* los salvajes del sur), una temporal (los civilizados del centro *vs.* los primitivos de la periferia), o una mezcla de ambas (desarrollados *vs.* subdesarrollados), consideradas en función de la cosmovisión europea dominante de la época que se trate (Mignolo, 2000; Boatcă, 2009). La colonialidad de la heterogénea estructura de poder resultante —es decir, no sólo de una naturaleza económica, sino política, cultural y epistemológica— se revela por el duradero carácter de las dimensiones de desigualdad global en cuanto a los orígenes coloniales:

(...) si se observan las líneas principales de la explotación y dominación social a escala global, las líneas matrices del poder mundial actual, su distribución de recursos y de trabajo entre la población del mundo, es imposible no ver que la vasta mayoría de los explotados, de los dominados, de los discriminados, son exactamente los miembros de las “razas”, de las “etnias”, o las “naciones” en que fueron categorizadas las poblaciones colonizadas, en el proceso de formación de ese poder mundial, desde la conquista de América en adelante. (Quijano, 1992: 12)

Mientras el modelo de la “posmodernidad global” sigue atrapado en el eurocentrismo insistiendo en que siquiera se reconozcan estas diferencias, al mismo tiempo que mantiene a la globalización como su objetivo universal, el proyecto de la “transmodernidad” (Dussel, 2002) asume la universalidad potencial de todos los elementos culturales que representan la “exterioridad excluida” de la modernidad occidental, la cual ahora puede ser transformada desde esta misma exterioridad. De manera muy similar a la del abordaje de los Estudios Subalternos de la India (Chakrabarty, 2000), la crítica de la modernidad llevada a cabo desde la posición subalterna de la colonialidad desvela la historia universal de Occidente como una historia local con un carácter particular. Sus proyectos globales —ya sean la civilización, el desarrollo o la globalización— aparecen desde este punto de vista como generalizaciones de la experiencia histórica local de la Europa occidental, cuyo objetivo es apuntalar su propia reafirmación del poder, y poner al descubierto las continuidades (pos)coloniales en la jerarquización de la diferencia, más que exaltar tales diferencias por sí mismas. Palabras como “transmoderno” y “colonialidad” son, por ende, no únicamente categorías putativas, que podrían —o deberían— intercambiarse por “tradicción”, sino que implican la posibilidad de reconceptualizar la modernidad desde una perspectiva histórica mediante el desvelamiento de su equivalente colonial. De esta manera, nos permiten abordar las interdependencias mutuas entre desarrollo y subdesarrollo, inclusión y exclusión, en lugar de ubicarlas en

contextos convergentes o divergentes de la modernidad, por un lado, y la tradición, por el otro.

Nivel mesoanalítico: la sociología política de las relaciones de poder

Análisis recientes dedicados a la investigación de las disputas y asimetrías del poder en varios contextos nos permiten identificar un conjunto común de críticas que forma el núcleo de lo que llamamos la sociología política poscolonial. A diferencia de la sociología política convencional, en este caso, las fronteras nacionales no delimitan la unidad analítica central, como tampoco las instituciones políticas nacionales constituyen el foco preferente de investigación. En cambio, el acento se pone en las relaciones de poder, las cuales involucran a actores de distintas naturalezas (Estados, organizaciones multilaterales, movimientos sociales) a diferentes niveles (local, regional, nacional, global).

El interés en las disputas por el poder también condiciona el aparato conceptual puesto en marcha para estos estudios, en la medida en que las categorías que no resaltan las relaciones asimétricas entre regiones del mundo y grupos sociales se evitan o son tratadas críticamente. Los primeros esfuerzos de crítica en este campo tienen en la mira de sus ataques a la idea evolucionista de desarrollo sacada de la teoría de la modernización, según la cual la modernización implica la simple transferencia de estilos de vida y de estructuras sociales europeas al resto del mundo. Así, varias obras de este campo de los estudios poscoloniales muestran que el desarrollo no representa un mero proceso de irradiación de formas modernas desde Europa, sino una transformación interdependiente que simultáneamente produce prosperidad en las naciones más ricas y desventajas en las más pobres (Pieterse y Parekh, 1995; Dussel, 2000; Escobar, 2004; para una visión de conjunto véase Manzo, 1999).

En términos generales, se puede argumentar que el esfuerzo crítico emprendido por la sociología política poscolonial se está desarrollando en dos claras direcciones. La primera línea de investigación incluye estudios acerca de las relaciones políticas entre las distintas regiones del mundo y se puede interpretar como una reacción en contra de las aproximaciones que, tras la caída del socialismo real, describen el nuevo orden internacional como un espacio que ya no está dominado por las disputas y los conflictos, sino por relaciones horizontales y la búsqueda de la realización de intereses supuestamente universales (paz mundial, derechos humanos, desarrollo sustentable, etc.). Conceptos derivados de este contexto, así como, en particular, obras

basadas en la idea de gobernanza [*governance*],⁴ son el blanco de agudas críticas por parte de los estudios poscoloniales (Ziai, 2006; Randeria, 2003; Eckert y Randeria, 2006). Según estas críticas, el énfasis puesto en el concepto de gobernanza presenta la ilusión de una arena ecuménica internacional sin conflictos en cuyo ámbito aquellos objetivos comunes a toda la humanidad siempre prevalecen. Un análisis de las nuevas configuraciones de la política global sensible a las relaciones de poder debería arrojar precisamente un resultado contrario, es decir, arrojar luz sobre cómo las asimetrías se reproducen y cómo las nuevas desigualdades se producen en el ámbito internacional:

En la nueva arquitectura de la gobernanza mundial, el poder aparece con una forma difusa y fugaz, y la magnitud de la soberanía, en cada caso, aparece estrictamente relacionada con los bandos políticos, los territorios y grupos de población específicos. (...) Es necesario basar el estudio de la globalización en etnografías distintivas y estudios de caso históricos que vinculen los niveles micro y macro. Esto permite el trabajo con las especificidades presentes en las varias formas de transnacionalización en las distintas regiones y diferentes “épocas”. (Eckert y Randeria, 2006: 16 y s.)

La concretización del programa de investigación poscolonial en términos de la perspectiva que acabamos de describir ya está en marcha, por lo menos en parte. Un ejemplo es la cuidadosa desconstrucción del papel del concepto de soberanía dentro de la historia del derecho internacional desarrollada por B. S. Chimni (2004) o el tratamiento crítico dado por A. Anghie (2004) a las nuevas herramientas del derecho administrativo internacional. Asimismo, Aiwā Ong (1999) muestra desde una perspectiva etnográfica cómo la ciudadanía es moldeada en el contexto de prácticas culturales y relaciones de poder asimétricas, más allá de pretensiones legalistas. Estos trabajos representan esfuerzos ejemplares de cómo cuestionar el universalismo profesado en los discursos del derecho. Indican que las instituciones del derecho internacional también tienen un papel en la perpetuación de las formas coloniales de do-

⁴ Estas contribuciones tratan de ampliar el concepto convencional de conducción política empleado en ciencias políticas, incluyendo, además de los Estados-nación y las organizaciones internacionales e intergubernamentales, actores no estatales así como estructuras de toma de decisiones a distintos niveles (una aproximación multinivel) como parte de un proceso complejo de gobernanza que supere las fronteras nacionales. Tras su introducción en 1995 mediante la “Comisión de Gobernanza Global” [Comission on Global Governance], el concepto de gobernanza adquirió una prominencia cada vez mayor tanto en las discusiones académicas como en la práctica política a raíz de su adopción por parte de organizaciones que iban del Programa de Desarrollo de Naciones Unidas (PNUD) a la Comisión Europea (véase entre otros a Brand *et al.*, 2000).

minación y de los privilegios legales y reales que los sectores más ricos disfrutaban en muchos lugares del mundo.

La segunda línea de desarrollo de la sociología política poscolonial se relaciona con los estudios acerca del proceso de democratización que tiene lugar en América Latina, África, Asia y en Europa austral y oriental desde los años setenta.

El paradigma de la transición —dominante desde los años ochenta (O'Donnell, Schmitter y Whitehead, 1986)—, aplica los fundamentos de la teoría de la modernización a la política, con lo que transforma la investigación acerca de la democratización en un campo implícitamente comparativo, dentro del cual los modelos de transformación observados en las “hiper-reales” (Chakrabarty, 2000) democracias consolidadas de Europa occidental se tratan como el único modelo válido de democracia. Los actores y estructuras encontrados en “otras” sociedades son interpretados [*are signified*] como déficits u obstáculos en la democratización.

Con el desarrollo de la democracia en las sociedades “no occidentales”, no obstante, quedó claro que las premisas teóricas y los métodos de análisis de la investigación de la transición no eran apropiados ni para identificar las dificultades que surgían, ni para siquiera enmarcar adecuadamente los desarrollos positivos. Las sociedades civiles y las esferas públicas locales han mostrado dinámicas diferentes a la que suponía la investigación acerca de la transición. Así, actores y estructuras como los movimientos étnicos o las asociaciones de barrio, las cuales, según los conceptos de política empleados en la investigación de la transición, no son los vehículos primarios de valores democráticos, ejecutan un papel fundamental en el fomento de la democracia en esas sociedades (Costa y Avritzer, 2009). Al mismo tiempo, las estructuras legales y de toma de decisiones erigidas según los moldes de instituciones similares en América del Norte o Europa no cumplen las funciones esperadas: los nuevos parlamentos resultan ser crónicamente vulnerables a la corrupción y el abismo entre el derecho formal y la realidad social parece ser un problema intratable (Méndez, O'Donnell y Pinheiro, 1999). No obstante, la investigación acerca de la transición sigue buscando una solución para sus propias insuficiencias analíticoteóricas en cuanto a la implícita comparación con las democracias “maduras” de Occidente, mientras que a las nuevas democracias las tilda de “defectuosas”, gobernadas por “estados fallidos” y caracterizadas por una “ciudadanía de baja intensidad” (O'Donnell, 2007).

Varias contribuciones en el campo de las investigaciones poscoloniales en diferentes continentes han dado forma a una sociología de la democratización que en parte complementa el paradigma de la transición y en parte lo corrige (Costa, 2006; Macamo, 2006; Randeria, 2007; Walsh, 2005). Según

estas contribuciones, las estructuras locales que se encuentran en las diferentes regiones ya no son presentadas como una copia tardía de las estructuras correspondientes que se observan en Europa occidental y en América del Norte, sino que se interpretan considerando el contexto socio-histórico que les dio sentido.⁵ Al mismo tiempo, la investigación poscolonial intenta superar el endogenismo de la investigación acerca de la transición, investigando las transformaciones locales en el contexto de las interrelaciones con las intervenciones de los organismos multilaterales (Macamo, 2006; Walsh, 2005), de los conflictos transicionales en relación con el uso de los recursos naturales locales (Escobar, 2004; Randeria, 2003) y de las conexiones establecidas por los actores democráticos regionales en el plano global (Costa, 2006; Randeria, 2005).

En suma, la investigación poscolonial en el campo de la sociología política suministra impulsos cruciales para la reflexión crítica acerca de las constelaciones de poder que se forman en los ámbitos locales y nacionales y cómo se articulan globalmente. Mientras la sociología política clásica pierde terreno paulatinamente por limitarse a las fronteras nacionales y por su concentración exclusiva en la política en su forma institucionalizada, la investigación poscolonial proporciona nuevas razones y motivos para el interés de la sociología en la política. Además, al llevar la cuestión del poder una vez más al centro del interés de la investigación, la sociología política poscolonial también llena los huecos cognitivos dejados por la ciencia política en su proceso reciente de especialización y orientación cada vez mayor hacia la resolución de problemas prácticos.

En pro de una microsociología de las relaciones culturales

Por lo menos desde la segunda mitad del siglo XX, el concepto constructivista de cultura se ha vuelto el único concepto de cultura aceptado como válido por la sociología contemporánea (véase una explicación detallada en Costa, 2009). Otros intentos primordialistas anteriores de definir la cultura con base en lazos metafísicos o supuestamente naturales (raza, influencia del clima, predestinación) han perdido legitimidad por ello. Aunque semejantes definiciones todavía pueden ser investigadas en cuanto autorrepresentación de ciertos actores, ya no cuentan como explicaciones sociológicas.

⁵ El convincente estudio de Randeria (2005) acerca de la contribución política de las castas en cuanto actores de la sociedad civil de la India constituye un buen ejemplo de cómo investigar el desarrollo local sobre la base de su propia semántica social.

De acuerdo con el concepto constructivista de cultura hegemónico en la sociología, el carácter de las culturas de ser algo construido se puede observar tanto en la constitución de las identidades individuales así como en la diferenciación de las unidades culturales colectivas. Mientras que, según esta lectura, la identidad cultural individual es un proceso intersubjetivo mediante el cual las disposiciones societales se interiorizan y procesan en la forma de una identidad individual estable (por ej., Mead, 1969[1934]: 86 y ss.), la constitución de unidades amplias, como las etnicidades, naciones y minorías culturales, implica un desarrollo histórico de largo plazo, caracterizado por la consolidación de una infraestructura comunicativa especializada en el procesamiento y transmisión de experiencias comunes. Es en el ámbito de estos procesos de transmisión simbólica que se forman tanto los grupos culturales a los que se les atribuye una existencia (sociológica) concreta—los británicos, los europeos, los musulmanes— como las diferentes *unidades culturales* (cultura británica, cultura alemana, etcétera).

La cultura, en esta concepción, queda definida ejemplarmente por Habermas (2006: 305) como un

conjunto de condiciones de posibilidad para actividades que resuelven problemas. Dota a los sujetos que en ella crecen no sólo con elementales capacidades lingüísticas, de acción y cognoscitivas, sino también con imágenes del mundo gramaticalmente preestructuradas y con saberes semánticamente acumulados.

Para los estudios poscoloniales, así como para distintas corrientes en el campo de los estudios culturales críticos, esta manera de definir la cultura en cuanto a que involucra unidades demarcadas y separadas en el ámbito en cual se producen y reproducen los elementos comunes, tiene insuficiencias teóricas, empíricas y metodológicas. Según la crítica poscolonial, el concepto sociológico de cultura supone construcciones homogeneizadoras de la identidad, casi siempre definidas mediante un vínculo a un territorio y asociadas a lugar de origen o de residencia, ambientes culturales y sociales, etc. Este concepto de cultura no toma en cuenta la separación entre lo social y el territorio y es ciego ante la cada vez mayor desterritorialización de los procesos de circulación cultural en el mundo contemporáneo (Hall, 2000: 99; 1994: 44).

Desde un punto de vista teórico, los estudios poscoloniales le reprochan al concepto sociológico dominante de cultura el no ser apto para detectar las relaciones de poder inscritas en los contactos culturales. Es decir, en la medida en que la sociología emplea las unidades culturales definidas por los propios

actores sociales como categorías descriptivas y políticamente neutras, la disciplina es insensible al hecho de que las adscripciones culturales presuponen la existencia de relaciones de poder asimétricas y al mismo tiempo contribuyen a su reproducción.

Las investigaciones de Pieterse sobre las tensiones entre las identidades nacionales y la formación de etnicidad ilustran esto:

Entender cómo se construye la diferencia cultural es entender la formación y políticas de la identidad nacional (...). La identidad nacional es un proceso histórico; la etnicidad, las políticas de identidad y el multiculturalismo son fases de este proceso continuo. Desde un punto de vista histórico, la formación de la nación es una forma dominante de etnicidad. En pocas palabras, la nacionidad es *eticidad dominante* y las minorías o grupos étnicos representan la *eticidad subalterna*. (Pieterse, 2007: 17; cursivas del original)

Desde un punto de vista metodológico, la manera en que la sociología trata a la cultura o a las culturas es igualmente problemática para los estudios poscoloniales, dado que las autorrepresentaciones de los actores sociales no se desconstruyen críticamente sino que se aceptan como pruebas de la existencia de las identidades culturales. El concepto sociológico establecido de cultura no toma en cuenta que incluso la referencia a una tradición original y auténtica es parte de la presentación [*performance*]—entendida en el sentido lingüístico de acción y en el sentido de escenificación— de la diferencia y sólo puede entenderse con base en un análisis del contexto social-discursivo en el que está inserta:

Los términos de la relación cultural, ya sea antagónica o de afiliación, se producen performativamente. La representación de la diferencia no se debe leer precipitadamente como el reflejo de rasgos étnicos o culturales dados con antelación que han sido fijados en las tablas de la ley de la tradición. (Bhabha, 1994: 2)

Mediante su crítica del concepto sociológico de cultura y de las aproximaciones precedentes de la sociología de la cultura, los estudios poscoloniales ofrecen a la investigación sociológica un conjunto de categorías y procedimientos metodológicos que pueden entenderse como piezas de una innovadora microsociología de las negociaciones de las diferencias culturales. Particularmente relevante aquí son las contribuciones en el ámbito de los estudios culturales británicos, impulsados por Stuart Hall y Paul Gilroy.

Mientras Hall (1994) básicamente se concentra en las tensiones internas de los movimientos antirracistas del Reino Unido, Gilroy (1995; 2000) introduce una dimensión comparativa, al buscar interacciones políticas y cultura-

les dentro del espacio imaginado del “Black Atlantic” [Atlántico negro].⁶ El punto de partida de ambos autores es la idea de diferencia que toman del posestructuralismo, más precisamente, el concepto de *différance* de Derrida. Emplean la noción de *différance* para desconstruir los discursos antinómicos que se oponen al “yo” y el “otro”, el “nosotros” y el “ellos” (Hall, 1994: 137 y ss.). En este contexto, la construcción de las identidades culturales se entiende como un proceso político dinámico en el que la identidad, o, como prefiere Hall, la identificación, no se expresa al interior de un sistema cerrado de signos culturales. Al contrario: la identificación, para Hall, se construye en el ámbito mismo de la política y sigue las posibilidades de reconocimiento que ofrece el contexto social.⁷

Esto no quiere decir que la evocación de unidades culturales como “los ingleses” o “los estadounidenses” sea irrelevante para las construcciones culturales observadas. No obstante, estas identidades culturales no funcionan como un programa de computadora que define modelos de comportamiento a priori; ante todo son interpelaciones discursivas ante las cuales los que están involucrados en una interacción social están obligados a posicionarse. La identificación se constituye dinámica e interactivamente en un ámbito de negociaciones que involucran afiliaciones, discriminaciones así como intereses privados.

Conclusiones: hacia una sociología poscolonial

El que intentemos delinear un programa para una *sociología poscolonial* es en sí mismo indicio de nuestra posición epistemológica. A diferencia de McLennan (2003), por ejemplo, no entendemos el análisis poscolonial como algo que implica la desaparición de la sociología como disciplina. Más bien, en la aproximación entre la sociología y los estudios poscoloniales, vemos una

⁶En la variación resaltada por Gilroy, el concepto de Black Atlantic presenta una definición doble. Empíricamente, el Black Atlantic tiene que ver con el proceso de difusión y reconstrucción de una “cultura negra” [*black culture*] que va aparejado a las rutas de la diáspora africana. Políticamente, Black Atlantic se refiere a una dimensión basada en la modernidad, al punto de iluminar el nexo entre la esclavitud y la modernidad y, además, muestra a las instituciones políticas como espacios particularmente aptos para la reproducción de las visiones e intereses del hombre blanco (Gilroy, 1993).

⁷El concepto clave empleado por Hall para describir la posición del sujeto en el ámbito de una formación discursiva determinada es el de “articulación”, entendido de una manera doble, es decir, tanto la idea de expresión y expresarse, como el vínculo entre dos elementos que tienen la posibilidad de juntarse. El principio de articulación contingente puede, según Hall, observarse tanto en la formación del sujeto individual como en la producción de sujetos colectivos (Hall, 1996).

oportunidad de completar y expandir la sociología precisamente en aquellos puntos de inflexión donde parece llegar a sus límites epistemológicos. Cuando hablamos de complementariedad en este contexto, queremos decir que tanto el aparato conceptual como los métodos de los estudios poscoloniales son compatibles con una aproximación sociológica. Sobre todo, encontramos que los intereses epistemológicos de la sociología, por un lado, y de los estudios poscoloniales, por el otro, se traslapan en un aspecto decisivo: en que afirman poder situar las relaciones sociales y las estructuras societales dentro de matrices analíticas complejas.

Los defectos que la crítica poscolonial ve en la sociología no son deficiencias irreparables e inevitables de una disciplina académica, sino más bien consecuencias de un proceso particular de institucionalización. Como mostramos en lo que precede, tanto el enfoque de la sociología en el Estado-nación y su “mirada colonial” sobre las sociedades no occidentales se derivan de esta historia institucional. Al mismo tiempo, la reflexividad, la apertura, la auto-crítica y la capacidad de hacer cambios de perspectiva también son parte de la manera como se entiende la sociología a sí misma, son elementos constitutivos de su *raison d'être*. Reconocer la necesidad de reaccionar ante el estrechamiento de su propia perspectiva crítica debería, por lo tanto, ser parte de la dinámica de la sociología. Es precisamente aquí donde encajan los estudios poscoloniales en este campo.

En el nivel macrosociológico, los resultados de los análisis poscoloniales desembocan en una superación de la historia convencional de evolución lineal de las sociedades modernas, sin caer en el particularismo de modernidades infinitamente multiplicadas. Para ello, el concepto poscolonial de modernidad entrelazada así como el concepto de historias compartidas y conectadas apuntan hacia las interdependencias, pero también hacia las rupturas y asimetrías, en la constitución del mundo moderno y (pos)colonial.

En el nivel mesoanalítico, los estudios poscoloniales arrojan luz sobre las interpenetraciones entre actores y las estructuras de poder históricamente construidas atadas a los contextos de acción en diferentes niveles (local, regional, transnacional y transregional), con lo que contribuyen considerablemente a aumentar el potencial epistemológico. Estas posibilidades heurísticas ni son accesibles para la sociología política convencional, que se concentra en el espacio nacional y en los actores políticos establecidos, ni para el campo de las relaciones internacionales, el cual en buena medida ha desarrollado una ceguera ante las relaciones de poder.

En el nivel microsociológico, la contribución de los estudios poscoloniales reside, sobre todo, en un concepto sociológico de cultura expandido y más dinámico. Consecuentemente, las piezas que importan de las interacciones

sociales no son los repertorios culturales que se originan en culturas herméticamente cerradas y atadas a un determinado espacio geográfico, sino las diferencias culturales que se articulan espontáneamente. No obstante, a diferencia de la interpretación posmoderna del posestructuralismo, la articulación de diferencias en la lectura poscolonial no tiene nada que ver con el ejercicio de una libertad de identidad hiper liberal. Los estudios poscoloniales tratan las diferencias en el contexto de las estructuras sociales, entendidas como estructuras de poder, y por ello contienen una clara intención sociológica.

En este contexto, la sociología poscolonial sería el equivalente de una sociología del poder atenta al contexto y sensible a la historia, cuya materia de estudio no es el mundo occidental, ni una hueste de modernidades pluralizadas sin cesar a la manera posmoderna, sino la “modernidad entrelazada” (Randeria, 1999) que surgió en la intersección del poder militar, la expansión del capital y la transculturalidad; no es la civilización de la región norte del Atlántico, sino la compleja modernidad del siglo XXI, consecuencia de las interacciones del Norte con el Atlántico Negro así como con otras experiencias de diásporas y minorías de la “mayoría del mundo” (Connell, 2007).

Traducción del inglés de Germán Franco

Recibido: junio, 2009

Revisado: diciembre, 2009

Correspondencia: Lateinamerika-Institut/Freie Universität Berlin/Rüdesheimer Str. 54-56/14197 Berlin/Alemania/correo electrónico: S. C.: sergio.costa@fu-berlin.de/M. B.: manuelaboatca@yahoo.com

Bibliografía

- Anghie, Anthony (2004), *Imperialism, Sovereignty and the Making of International Law*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Asad, Talal (ed.) (1973), *Anthropology and the Colonial Encounter*, Londres, Ithaca Press.
- Bhabha, Homi (1994), *The Location of Culture*, Londres/Nueva York, Routledge.
- Bhabra, Gurinder K. (2007a), *Rethinking Modernity: Postcolonialism and the Sociological Imagination*, Basingstoke, Palgrave MacMillan.
- (2007b), “Sociology and Postcolonialism: Another ‘Missing’ Revolution?”, *Sociology*, vol. 41, núm. 5, pp. 871-884.
- Boatcă, Manuela (2009), “Lange Wellen des Okzidentalismus. Ver-Fremden von

- Gender, Rasse und Ethnizität im modernen Weltsystem”, en Gabriele Dietze, Claudia Brunner y Edith Wenzel (eds.), *Kritik des Okzidentalismus. Transdisziplinäre Beiträge zu (Neo-)Orientalismus und Geschlecht*, Bielefeld, transcript.
- (2007), “Macrosociology”, en George Ritzer (ed.), *Blackwell Encyclopedia of Sociology online*, texto completo en <http://www.sociologyencyclopedia.com>
- Boatcă, Manuela y Sérgio Costa (2010), “Postkoloniale Soziologie: ein Programm”, en Julia Reuter y Paula-Irene Villa (eds.), *Postkoloniale Soziologie. Empirische Befunde, theoretische Anschlüsse, politische Intervention*, Bielefeld, Transcript, pp. 69-90.
- Brand, Ulrich, Achim Brunnengräber, Markus Haake, Christian Stock y Peter Wahl (2000), *Global Governance. Alternative zur neoliberalen Globalisierung?*, Münster, Westfälisches Dampfboot.
- Castro Varela, Maria do Mar y Nikita Dhawan (2005), *Postkoloniale Theorie. Eine kritische Einführung*, Bielefeld, transcript.
- Chakrabarty, Dipesh (2000), *Provincializing Europe. Postcolonial Thought and Historical Difference*, Princeton, Princeton University Press.
- Chatterjee, Partha (1993), *The Nation and its Fragments*, Princeton, Princeton University Press.
- Chimni, Buphinder S. (2004), “International Institutions Today: An Imperial Global State in the Making”, *The European Journal of International Law*, vol. 15, núm. 1, pp. 1-37.
- Connell, Raewyn (2007), *Southern Theory. The Global Dynamics of Knowledge in Social Science*, Crows Nest, Allen & Unwin.
- Coronil, Fernando (2004), “Latin American Postcolonial Studies and Global Decolonization”, en Neil Lazarus (ed.), *Postcolonial Studies Reader*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 221-240.
- Costa, Sérgio (2009), “Diferença e Identidade: A crítica Pós-Estruturalista ao Multiculturalismo”, en Liszt Vieira (ed.), *Identidade e Globalização*, Rio de Janeiro, Paz e Terra.
- (2006), *Dois Atânticos*, Belo Horizonte, Ed. UFMG.
- (2005), “(Un-)Möglichkeiten einer postkolonialen Soziologie”, en Hauke Brunkhorst y Sérgio Costa (eds.), *Jenseits von Zentrum und Peripherie*, München/Mering, Rainer Hampp, pp. 221-250.
- Costa, Sérgio y Leonardo Avritzer (2009), “Teoría crítica, esfera pública y democracia: concepciones y usos en América Latina”, en Marianne Braig y Anne Huffschnid (eds.), *Los poderes de lo público. Debates, espacios y actores en América Latina*, Madrid/Frankfurt am Main, Iberoamericana/Vervuert, pp. 27-51.
- Dirlík, Arif (1994), “The Postcolonial Aura: Third World Criticism in the Age of Global Capitalism”, *Critical Inquiry*, invierno, pp. 328-356.
- Dussel, Enrique (2002), “World-System and Trans-Modernity”, *Nepantla: Views from South*, vol. 3, núm. 2, pp. 221-244.
- (2000), “Europa, modernidad y eurocentrismo”, en Edgardo Lander (ed.), *La*

- colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*, Caracas, Unesco/UCV, pp. 59-78.
- Eckert, Andreas y Shalini Randeria (2006), *Vom Imperialismus zum Empire? Globalisierung aus außereuropäischer Sicht*, texto disponible en http://www.ethno.unizh.ch/pdf/randeria_pdf_artikel/eckert_randeria_generation_global.pdf
- Eisenstadt, Shmuel N. (2000), "Multiple Modernities", *Daedalus*, núm. 129, pp. 1-30.
- Escobar, Arturo (2007), "Worlds and Knowledges Otherwise: The Latin American Modernity/Coloniality Research Program", *Cultural Studies*, vol. 21, núms. 2-3, pp. 179-210.
- (2004), "Beyond the Third World: Imperial Globality, Global Coloniality and Anti-Globalization Social Movements", *Third World Quarterly*, vol. 25, núm. 1, pp. 207-230.
- Fabian, Johannes (1983), *Time and the Other. How Anthropology Makes its Object*, Nueva York, Columbia University Press.
- Giddens, Anthony (2002), *Runaway World. How Globalization is Reshaping Our Lives*, Londres, Profile.
- Gilroy, Paul (2000), *Against Race. Imagining Political Culture Beyond the Color Line*, Cambridge (Massachusetts), Belknap/Harvard.
- (1995), "Roots and Routes: Black Identity as an Outernational Project", en Herbert Harris, Howard Blue y Ezra Griffith (eds.), *Racial and Ethnic Identity: Psychological Development and Creative Expression*, Londres/Nueva York, Routledge, pp. 15-30.
- (1993), *The Black Atlantic. Modernity and Double Consciousness*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.
- Grosfoguel, Ramón (2006), "Preface", en *From Postcolonial Studies to Decolonial Studies: Decolonizing Postcolonial Studies, Review*, núm. especial, vol. XXIX, núm. 2, pp. 141-143.
- (2002), "Colonial Difference, Geopolitics of Knowledge, and Global Coloniality in the Modern/Colonial Capitalist World-System", *Review*, vol. XXV, núm. 3, pp. 203-224.
- Gutiérrez-Rodríguez, Encarnación (1999), "Fallstricke des Feminismus. Das Denken 'kritischer Differenzen' ohne geopolitische Kontextualisierung", *polylog. Zeitschrift für interkulturelles Philosophieren*, núm. 4, pp. 13-24. Texto completo en <http://them.polylog.org/2/age-de.htm>
- Habermas, Jürgen (2006), *Entre naturalismo y religión*, trad. de D. Gamper et al., Barcelona, Paidós Ibérica.
- Hall, Stuart (2002), "Wann gab es 'das Postkoloniale'? Denken an der Grenze", en Sebastian Conrad y Shalini Randeria (eds.), *Jenseits des Eurozentrismus. Postkoloniale Perspektiven in den Geschichts- und Kulturwissenschaften*, Frankfurt am Main, Campus, pp. 219-246.
- (2000), *Cultural Studies. Ein politisches Theorieprojekt*, Hamburgo, Argument.
- (1996), "On Postmodernism and Articulation", en David Morley y Chen Kuan-

- Hsing (eds.), *Stuart Hall. Critical Dialogues in Cultural Studies*, Londres/Nueva York, Routledge, pp. 131-150.
- (1994), *Rassismus und kulturelle Identität*, Hamburgo, Argument.
- Klein, Naomi (2000), *No Logo*, Nueva York, Picador.
- Knöbl, Wolfgang (2007), *Die Kontingenz der Moderne. Wege in Europa, Asien und Amerika*, Frankfurt am Main/Nueva York, Campus.
- Liotard, Jean-François (1986), *Das postmoderne Wissen. Ein Bericht*, Viena, Edition Passagen.
- Macamo, Elisio (2006), “The hidden side of modernity in Africa – Domesticating savage lives”, en Sérgio Costa, J. Mauricio Domingues, Wolfgang Knöbl y Josué P. Da Silva (eds.), *The Plurality of Modernity: Decentring Sociology*, Múnich/Mering, Rainer Hampp, pp. 161-178.
- McLennan, Gregor (2003), “Sociology, Eurocentrism and Postcolonial Theory”, *European Journal of Social Theory*, vol. 6, núm. 1, pp. 69-86.
- McMichael, Philip (2004), *Development and Social Change: A Global Perspective*, Thousand Oaks (California), Pine Forge Press.
- Manzo, Kate (1999), “The International Imagination: Themes and Arguments in International Studies”, *Review of International Studies*, vol. 25, pp. 493-506.
- Mead, George H. (1969) [1934], *Geist, Identität und Gesellschaft*, Frankfurt am Main, Suhrkamp.
- Méndez, Juan E., Guillermo O'Donnell y Paulo Sérgio Pinheiro (eds.) (1999), *The (Un)Rule of Law and the Underprivileged in Latin America*, Notre Dame (Indiana), Notre Dame University Press.
- Mignolo, Walter (2000), *Local Histories/Global Designs. Coloniality, Subaltern Knowledges, and Border Thinking*, Princeton, Princeton University Press.
- (1995), *The Darker Side of the Renaissance. Literacy, Territoriality, and Colonization*, Ann Arbor, University of Michigan Press.
- O'Donnell, Guillermo (2007), *Dissonances: Democratic Critiques of Democracy*, Notre Dame (Indiana), University of Notre Dame Press.
- O'Donnell, Guillermo, Philip Schmitter y Laurence Whitehead (1986), *Transitions from Authoritarian Rule*, Baltimore/Londres, Johns Hopkins University Press.
- Ong, Aihwa (1999), *Flexible Citizenship. The cultural Logics of Transnationality*, Durham/Londres, Duke University Press.
- Pieterse, Jan N. (2007), *Ethnicities and Global Multiculture. Pants for an Octopus*, Lanham, Rowman & Littlefield Pub.
- Pieterse, Jan N. y Bhikhu Parekh (1995), “Shifting Imaginaries: Decolonization, Internal Decolonization, Postcoloniality”, en Jan N. Pieterse y Bhikhu Parekh (eds.), *The Decolonization of Imagination. Culture, Knowledge and Power*, Londres, Zed Books, pp. 1-20.
- Quijano, Anibal (2000), “Coloniality of Power and Eurocentrism in Latin America”, *International Sociology*, vol. 15, núm. 2, pp. 215-232.
- (1992), “Colonialidad y modernidad/racionalidad”, *Perú Indígena*, vol. 13, núm. 29, pp. 11-20. [Trad. al inglés: “Coloniality and Modernity/Rationality”, *Cultural Studies*, vol. 21, núms. 2-3, 2007, pp. 168-178.]

- Randeria, Shalini (2007), "The State of Globalization: Legal Plurality, Overlapping Sovereignities and Ambiguous Alliances between Civil Society and the Cunning State in India", *Theory, Culture and Society*, vol. 24, núm. 1, pp. 1-33.
- (2005), "Verwobene Moderne: Zivilgesellschaft, Kastenbindungen und nicht staatliches Familienrecht im (post)kolonialen Indien", en Hauke Brunkhorst y Sérgio Costa (eds.), *Jenseits von Zentrum und Peripherie: Zur Verfassung der fragmentierten Wertgesellschaft*, vol. 2, München/Mering, Rainer Hampp Verlag, pp. 169-196.
- (2003), "Glocalisation of Law: Environmental Justice, World Bank, NGOs and the Cunning State in India", *Current Sociology*, núm. especial, pp. 305-328.
- (1999), "Geteilte Geschichte und verwobene Moderne", en Jörn Rüsen (ed.), *Zukunftsentwürfe. Ideen für eine Kultur der Veränderung*, Frankfurt am Main, Campus, pp. 87-96.
- Randeria, Shalini, Martin Fuchs y Antje Linkenbach (2004), "Konfigurationen der Moderne: Zur Einleitung", en Shalini Randeria, Martin Fuchs y Antje Linkenbach (eds.), *Diskurse zu Indien, Sonderheft der "Sozialen Welt"*, Munich, Nomos, pp. 9-34.
- Robinson, William (2001), "Social Theory and Globalization: The Rise of a Transnational State", *Theory and Society*, vol. 30, núm. 2, pp. 157-200.
- Seidman, Steven (2004), *Contested Knowledge. Social Theory Today*, Malden, Blackwell.
- Shohat, Ella (1992), "Notes on the 'Post-colonial'", *Social Text*, núms. 31-32 (primavera), pp. 99-113.
- Spohn, Willfried (2006), "Multiple, Entangled, Fragmented and Other Modernities. Reflections on Comparative Sociological Research on Europe, North and Latin America", en Sérgio Costa, Wolfgang Knöbl, José Mauricio Domingues y Josué Pereira da Silva (eds.), *The Plurality of Modernity. Decentring Sociology*, Munich/Mering, Hampp, pp. 11-22.
- Subrahmanyam, Sanjay (1997), "Connected Histories. Notes Toward a Reconfiguration of Early Modern Eurasia", *Modern Asian Studies*, vol. 31, núm. 3, pp. 735-762.
- Therborn, Göran (2003), "Entangled Modernities", *European Journal of Social Theory*, vol. 6, núm. 3, pp. 293-305.
- Touraine, Alain (2007), "Sociology after Sociology", *European Journal of Social Theory*, vol. 10, núm. 2, pp. 184-193.
- Trouillot, Michel-Rolph (2002), "North Atlantic Universals: Analytical Fictions, 1492-1945", *The South Atlantic Quarterly*, vol. 101 núm. 4, pp. 839-858.
- Wallerstein, Immanuel (2005), "After Developmentalism and Globalization, What?", *Social Forces*, vol. 83, núm. 3, pp. 321-336.
- (1999), "The Heritage of Sociology, the Promise of Social Science", *Current Sociology*, vol. 47, núm. 1, pp. 1-41.
- Walsh, Catherine (2005), "(De)Construir la interculturalidad. Consideraciones críticas desde la política, la colonialidad y los movimientos indígenas y negros en el

- Ecuador”, en Norma Fuller (ed.), *Interculturalidad y política. Desafíos y posibilidades*, Lima, Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales.
- (2002), “La (re)articulación de subjetividades políticas y diferencia colonial en Ecuador: reflexiones sobre el capitalismo y las geopolíticas del conocimiento”, en Catherine Walsh, Freya Schiwy y Santiago Castro-Gómez (eds.), *Indisciplinar las ciencias sociales: Geopolíticas del conocimiento y colonialidad del poder. Perspectivas desde lo andino*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar/Abya Yala, pp. 175-214.
- Ziai, Aram (2006), *Zwischen Global Governance und Post-Development. Entwicklungspolitik aus diskursanalytischer Perspektive*, Münster, Westfälisches Dampfboot.